

Sobre nuestra intolerancia

("La Nación", Buenos Aires (B. A.), 15 octubre 1907)

2-197 1

NO 2-125

SOBRE NUESTRA INTOLERANCIA

(Para LA NACIÓN)

BILBAO, septiembre de 1907.

He aquí este mi pueblo natal, uno de los más á propósito para estudiar las formas que hoy adopta la clásica intolerancia española. No sé qué verdad pueda contener la frase aquella del catalán que decía de los vascos que somos el alcaloide del castellano, más lo cierto resulta que es en este país, en que se oye renegar del espaniolismo, donde parece haberse refugiado la clásica intolerancia española y en sus formas más solapadas y arteras.

Hay aquí un diario, el que se dice de más circulación, escrito principalmente por lo que aquí se llama «maquetos», es decir, por hijos de otras regiones españolas—un gallego, un valenciano, e'tc.—que se dedica á adular al país y á fomentar con singular insidia las formas menos francas de la intolerancia. Entre ellas el boicotaje.

Sus noticias son casi siempre tendenciosas, es decir, falsas en el fondo, pues decir la verdad á medias, ó decir la arteramente comentada, es mentir. Hoy mismo da la noticia de que unos protestantes andan repartiendo por tierras de Alava biblias «espurias é incompletas», cuando deben saber—aun siendo como es tan grande la ignorancia de los que escriben esos papeles de la sedicente «buena prensa»—que las biblias que reparten los protestantes no son incompletas. Lo de espurio no quiere decir nada, y responde á la especial fraseología de esas gentes.

Y frente á este diario hay otro de la otra banda, del color opuesto, pero que no le va en zaga en lo de tendencioso y falsificador.

Lo que más se echa aquí de menos es algo de sentido crítico. Parece que nadie sabe dudar, ó por lo menos que nadie se atreve á dudar en público. Todos, blancos, negros, grises, rojos y verdes, todos parecen atacados de dogmatismo; todos afirman con una resolución ó con una desverguenza que llega á poner espanto. El ortodoxismo hace estragos, quiero decir que todo se convierte en ortodoxia.

Diríase que aquí no quedan ya ni opiniones ni escuelas; todo son credos é iglesias. Y como casi nadie razona, sino que casi todos afirman, se hace uno la ilusión de vivir en un pueblo henchido de fe.

En pocas partes se comprenderá hoy peor que aquí aquella proposición que suelo gustar desarrollar, y es la de que la fe se alimenta de dudas, proposición que con otras análogas le parecería á cierto sujeto una cosa que no se entiende. Verdad es que el tal sujeto es un jesuita español y sabido es que no hay hoy espíritu más incomprensivo y más estúpido que el de un jesuita español.

Causa tristeza hoy relatar las últimas elecciones de diputados á cortes por los distritos de esta provincia de Vizcaya. Es algo que llega hasta hacer que desee uno



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

que venga una nueva guerra civil, que como las tormentas, la atmósfera física, purifique así la atmósfera moral. Gentes que rezan á diario el Padrenuestro—bien que mascullándolo sin conciencia—han olvidado que una de las maneras de santificar el santo nombre de Dios, es no mezclarlo en todo aquello que dejó entregado á las disputas de los hombres.

En Cataluña se produjo un poderoso movimiento de opinión, que cuajó en la llamada solidaridad catalana, en un acuerdo de los partidos todos, desde el carlista al republicano, para una acción común en el campo neutral. Con ello consiguieron acabar con lo que se llama en España el encasillado oficial y es lo de que se designen en el ministerio de la gobernación los candidatos para cada distrito, y no sólo los adictos ó ministeriales sino hasta los de oposición. Y esa solidaridad de Cataluña, que empezó siendo, va haciéndose española, pues los solidarios catalanes llevan su doctrina y sus procedimientos á otras regiones españolas.

En ésta no lograrán fruto alguno. Aquí no hay, hoy por hoy, comprensión alguna para una acción común de los partidos todos en un campo neutral. Aquí los que se dicen católicos no quieren ir á re-

sultado ninguno, por beneficioso que para todos sea, del brazo de los liberales.

Precisamente en estos días de descanso en esta mi tierra he leído el discurso sobre el protestantismo y el catolicismo en Alemania que leyó el doctísimo Adolfo Harnack el 27 de enero pasado al celebrarse en el aula de la real universidad de Federico Guillermo en Berlín el aniversario del natalicio del emperador. En él decía:

«Los cristianos católicos habitan juntos un viejo castillo edificado durante siglos. Flanquéanlo torres protectoras; está guardado por fosos y murallas, y dentro de él hay magníficos patios, sombríos rincones, capillas góticas, retiros íntimos y celdas para penitentes. Los cristianos protestantes habitan en numerosas casas edificadas á la ligera, que son muy diversas y en las que falta no poco de lo necesario. Pero cifre á castillo y casas un jardín común, á la luz del sol, y durante el día trabajan los moradores todos en el jardín ese; sólo por la noche vuelve cada cual á su morada. ¡Ojalá se hagan los días cada vez más largos y más cortas cada vez las noches! ¡Ojalá que el trabajo común, á la luz y al aire libres, una cada vez más entre sí á los trabajadores! ¡Ojalá que cada iglesia conceda á sus fieles plena libertad y no busque en la religión más que la religión misma!... Por paradójico que parezca el caso es que la cuestión de la aproximación de las iglesias coincide con la de la libertad y profundidad de espíritu en cada una de ellas.»

Es evidente, en efecto, que como las diferentes confesiones cristianas se enlazan y unen, como las montañas, por sus raíces, cuanto más ahonda en éstas cada iglesia más se acerca á las demás sus hermanas. Pero en vez de hacerlo así, hay gentes que parece ponen todo su empeño, un empeño irreligioso é impío, en acentuar



lo diferencial y privativo, dejando en la sombra lo común y unitivo.

Me contaron que en cierta ocasión un antiguo oficial carlista, católico tan inconsciente como fanático, reprendiendo á su criada de servicio por no haber oído misa un domingo, le decía que el dejar de oír misa los domingos y fiestas de guardar es un pecado mayor que el de robar siete mil duros. Merecía el desgraciado señor que su sirvienta le hubiese robado siete mil duros, si es que los tenía, y entonces es seguro que hubiese pensado más cuerda y más ortodoxamente. Y digo más ortodoxamente porque desde el punto mismo de vista católico es una atrocidad poner los mandamientos de la santa madre iglesia por encima de los mandamientos de la ley de Dios. No calculaba el pobre señor que su criada, lejos de sacar de semejante doctrina una noción de la extrema gravedad del no oír misa los domingos, deduciría de ella la poca gravedad del robar siete mil duros.

Y tal es, en efecto, el efecto de esa famosa frase que tanto ha corrido y corre por España: el liberalismo es pecado. Esta tontería insignificante—merecía por lo insubstancial haber brotado de la cabeza de un jesuita español—ha contribuido más que á inspirar horror al liberalismo á familiarizarnos con el pecado y á no darle gran importancia. Si el ser liberal es peor que ser adúltero ó ladrón, como en el divertidísimo librito del imponderable señor Sardá y Salvany, se nos dice, en tal caso es cosa de bien poca importancia religiosa el ser adúltero ó ladrón. Una mujer de buen juicio y de sano sentimiento moral, imbuída en esa necedad y casada con un hombre no digo ya liberal, sino ateo y materialista, ó acaba por reirse de la tal doctrina y de los que se la imbuyeron ó acaba por creer que no es cosa de gran importancia el robo ó el adulterio. Y esto último no cabe; se queda, pues, con lo primero. Y he aquí cómo un liberal justo y honrado puede apartar de tales desatinos á su mujer y sin ejercer violencia alguna sobre ella.

Más de una vez he sostenido que en los individuos y los pueblos poco familiarizados con el uso de las ideas hay un miedo cerval á ellas. El prejuicio de creer que la conducta de un hombre depende de las ideas de orden trascendente, filosófico ó religioso, que profesa, es un prejuicio que les lleva á todo género de disparates de intolerancia. Es cosa curiosísima lo de que sean en España los católicos quienes emplean, en sentido ya despectivo, ya denunciante, el mote de intelectuales aplicándolo á muchos de los que no piensan como ellos, cuando el intelectualismo es hoy en día la plaga mayor del catolicismo. Su fe es el asentimiento del intelecto á principios abstractos, á dogmas metafísicos más bien que religiosos, á proposiciones teológicas perfectamente indiferentes para el régimen de la conducta y el ejercicio de la virtud. Tan indiferentes, que permiten ese horror que se llama la fe implícita y la religión de segundo grado.

Hay que venir acá, á esta mi tierra, bajo





el peso hoy de una opresión moral é intelectual que nos entristece á cuantos la queremos como á madre, hay que venir acá para ver y sentir lo que todo esto es. Y de aquí depende que el vasco mejore singularmente cuando emigrando, saliendo de este ámbito, respira aires espirituales más libres y puede desplegar sin estas trabas las potencialidades todas de su vigoroso ánimo.

La gente de la Iglesia católica se ha puesto aquí, en su mayoría, del lado del movimiento regionalista, ó, como ellos dicen, nacionalista, y en el fondo separatista. Y esto no debe extrañarlos. La Iglesia ha considerado siempre como un enemigo al estado; le convienen los estados pequeños. En el fraccionamiento feudal de la Edad Media ella era el poder unificador y moderador y supremo; sus luchas fueron con el imperio. Todo gran estado, todo imperio, crea una especie de religión, de patriotismo. La Iglesia ha tendido á separar y fraccionar para ser ella el lazo supremo entre los fraccionados. Aparte de la pérdida del poder temporal de los papas, la unidad italiana, esta obra de profunda cultura, perjudicó no poco á las pretensiones de la Iglesia de Roma.

Recordad los argentinos que en las luchas por la constitución de vuestra república, eran los federales, los fraccionistas, los que invocaban la religión católica, y eran los unitarios los tildados de liberales, masones é incrédulos. Y entre nosotros los españoles han sido los carlistas los que han mantenido el principio federativo con más tesón que los llamados federales.

En el furor tradicionalista que por aquí sopla ahora no hace aún días que en un pueblo de esta costa quisieron unos fanáticos despeñar al mar á un pobre diablo por el horrendo delito de... bailar agarrado! No aducían que ello fuese inmoral, sino que es costumbre de fuera, costumbre de maquetos, y que aquí no se ha bailado nunca sino sueltas las parejas y á lo sumo agarrando con las manos los sendos extremos de un pañuelo. Pero en el fondo el bárbaro propósito lo dictaba el vergonzoso «cant», la gazmoñería hipócrita, que se está desarrollando. Las tradiciones liberales de esta tierra, y las tiene, son desconocidas como tales tradiciones.

Si, hay tradiciones liberales en este noble solar vasco. Fué una de las primeras regiones españolas, tal vez la primera, en que dió fruto el espíritu de la Revolución Francesa, y que habló por ello la historia del Real Seminario de Nobles de Vergara y la de la Sociedad de Amigos del País de Guipúzcoa en tiempo de aquel hidalgo guipuzcoano que se dice tuvo por huésped en su casa de Azcoitia á Rousseau. Y mucho antes, había dado frutos en el país vasco-francés, la obra de la Reforma, á que se debió la primera traducción al vascuence de las Sagradas Escrituras.

La tradición de este mismo Bilbao, donde escribo estas líneas, es una tradición de liberalismo que hoy se trata de borrar. Están intentando ruralizarlo, es decir, descivilizarlo. Entre muchos de sus hijos jóvenes está hoy en boga hacerse los aldeanos; beben, cantan, y aborrecen, en el



fondo, la cultura.

Por dos veces en el pasado siglo, de 1833 á 1840, y de 1872 á 1876, tuvo Bilbao, la villa, que defenderse contra el espíritu rural, contra la aldeanería. La historia del Señorío de Vizcaya es la historia de la lucha del espíritu del campo y la montaña contra el espíritu de las villas y del mar, es la lucha del labrador contra el mercader y el artesano. Y cuando parecía que iba por fin, á vencer la civilización, que la villa, Bilbao, iba á ser la conciencia de Vizcaya, henos aquí que la invade el espíritu rural, espíritu de separación y de exclusivismo, espíritu de incomprensión y de intolerancia.

Hace años ya que narré en un libro, «Paz en la guerra», esa lucha épica y tan llena de significación. Si hoy tuviera que volver á escribirlo ¡qué amargos tonos de desengaño y de tristeza no vertería en él! Pero aun me queda fe, aun aliento confianza en esta villa fuerte y robusta. No en vano surcan las aguas del canal que es su ría buques cuyas velas han vibrado á todos los vientos y cuyos cascos se han mojado con todas las aguas. La riqueza que nos ha enloquecido es la que nos volverá cuer-

dos; para conservarla aprenderemos cuanto hemos olvidado al adquirirla.

Hoy en que se vuelve á hablar del agotamiento, en plazo más ó menos próximo, de nuestros yacimientos de hierro, se espera en el puerto que con su producto hemos construído y se augura que pueda ser la puerta de comunicación del norte de España con la América hispánica. Pero para ello es menester que triunfe el espíritu ciudadano, el espíritu civil, es decir, el espíritu de solidaridad en la tolerancia de todas las ideas y opiniones, de todos los credos.

MIGUEL DE UNAMUNO.

